


Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

¿QUE PENSABAN LOS NAHUAS DE LA HISTORIA?

*Jo B
Entregado el día 19 de agosto
de 1969 con el B. O. J.º del Sr.
Miguel León Portillo, director
del trabajo.*



trabajo para obtener el título
de Licenciado en Historia,
que presenta el alumno
Francisco Xavier Cache Vázquez

México, D. F., agosto de 1969



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

i n d i c e

1	punto de partida
4	un mundo de fiestas
16	otros nombres de la historia
17	- cantares épicos
20	- tradición nacional
25	- tinta negra y roja
30	mestores de un <u>tlamatini</u>
42	conclusión
44	bibliografía

PUNTO DE PARTIDA

Querer investigar "lo que los nahuas pensaban sobre la historia" o, si se quiere, "el concepto náhuatl de historia", plantea una interrogante tan grande que sería imposible llegar a nada serio sin resolver de antemano esa interrogante.

La pregunta es sobre la posibilidad que tenemos de vislumbrar la realidad histórica de los nahuas. Me refiero a lo que en realidad pensaban los nahuas, y a la posibilidad que nosotros, hombres del siglo veinte, tenemos de tomar el mundo náhuatl con nuestros conceptos occidentales, abstractos, desmitologizados y desacralizados, enmarcados en los linderos de la precisión que han hecho de occidente la cultura de las ciencias exactas. Así pues, la pregunta no versa sobre lo que nosotros pensamos acerca de los nahuas, pues eso es tan sencillo como leer, aun en lengua náhuatl, las fuentes de esa cultura e interpretarlas, forzando su sentido hasta que se acomode a nuestras categorías culturales y actantes. Pero, ¿podemos adaptar nuestro lenguaje, nuestro modo de pensar y sentir hasta el punto de tomar en nuestras manos los objetos nahuas sin dejar en ellos nuestras huellas, sin trastornarlos, sin encerrarlos en las vitrinas de nuestros museos, diseccionándolos y apartándolos definitivamente de sus dueños y artífices? La lengua náhuatl, los glifos representativos e ideográficos, ¿conservan sus contenidos conceptuales al ser traducidos a nuestra cultura de hoy?

¿Nuestra actitud de investigadores es ir a los códices a oír la voz de los tlasatinime, o, más bien, a que la voz callada de "la tinta negra y roja" escuche nuestra erudita interpretación de técnicos modernos? Más aún, suponiendo que nuestra actitud fuese la de discípulos, con los ojos, los oídos y la inteligencia tan abiertos como nuestra sensibilidad para captar el mundo náhuatl; al regreso de ese mundo lejano, ¿seríamos capaces de traducirlo a los hombres de nuestro mundo, a los que nos rodean, a aquellos de entre los cuales nosotros mismos salimos para nuestro viaje al mundo de la cultura náhuatl?

La respuesta a estas interrogantes nos situará en el verdadero punto de partida desde el cual nosotros trataremos de ir a la cultura náhuatl.

Lo primero que habrá que decir es que no existe posibilidad de deshacernos de lo que nosotros somos, de nuestro equipo cultural, para ir al contacto de la cultura náhuatl. No podemos renunciar a las pautas culturales que poseemos, porque con ellas vivimos, en ellas encontramos las soluciones posibles para nosotros, con ellas configuramos nuestra personalidad tanto intelectual cuanto religiosa, afectiva y social. Casi podríamos afirmar que nosotros somos lo que es nuestra cultura, entendiendo por cultura ese inmenso ambiente vital en el que nacimos y hemos crecido y seguimos encontrando vida y futuro. Sin negar que nuestro ser de humanos nos proporciona posibilidades de cambio, con todo, la cultura de nuestro tiempo y lugar geográfico en el que vivimos nos determina en alto grado hacia determinadas direcciones. Así pues, iremos al mundo náhuatl nosotros, tal y como somos, a tratar de investigar qué pensaban ellos sobre lo que llamamos historia, entendiendo ahora inevitablemente el concepto de historia como lo captamos nosotros, en nuestra cultura actual (1).

Lo segundo que habrá que decir se refiere a la imposibilidad de traducir lo visto e investigado. Entiende por "traducir" hacerlo en términos lo más apegados posibles a la realidad náhuatl, que necesariamente entrarán al terreno de los tecnicismos y nahuatlismos. Esto será tanto más necesario cuanto nuestro mundo de hoy está más lejano del mundo náhuatl, cuanto nuestras categorías de pensamiento e imaginación están lejanas de las de los nahua, aun siendo ellos nuestros antepasados étnicos y haber vivido en el mismo terreno geográfico que nos pertenece hoy a nosotros.

(1) Entre nosotros, al menos de un modo general, se entiende la historia como la interpretación unitaria que explica la diversidad de los acontecidos. Requiere, pues, de un sujeto ordenador o inteligente que revista de significado a las realidades diversas y, de por sí, incoherentes; de un sujeto que dé unidad lógica a las realidades individuales.

Requiere, además, el estudio y la investigación de lo acontecido, para precisar, con la mayor exactitud posible, qué fue lo que realmente sucedió.

Sobre el sentido de la historia, disputant autores. En este punto entraremos a la filosofía de la historia, cosa que está fuera de nuestro propósito actual.

Nuestra creencia en estas dos imposibilidades no deberá interpretarse como escepticismo negativo o derrotismo. Por el contrario, pienso que la conciencia de estas dos imposibilidades nos acerca más y mejor a la cultura de los antiguos mexicanos. Nos acerca más, porque seremos más respetuosos de lo que ellos nos muestren, porque no iremos en plan de chocar con ellos y conquistarlos con una cultura más desarrollada técnicamente, sino que iremos a dialogar con ellos, en la medida de lo posible. Nos acerca mejor, porque iremos a los nahua con todo el entusiasmo y toda la capacidad de admiración posible, sin la necesidad de ir a la historia a comprobar teorías y hacer del pasado un argumento de lo que pensamos en el presente.

Lo positivo de esta actitud realística consiste en la aclaración de la historicidad del hombre, quien no tiene derecho de absolutizar su propio presente, de convertirlo en axioma incuestionable para medir los acontecidos. Hoy tenemos derecho a juzgar, de hacer historia bajo nuestro punto de vista, pero nuestro punto de vista, valdiero para nosotros, caerá en la contingencia y, sin embargo, deberá ser respetado por los historiadores futuros.

UN MUNDO DE FIESTAS

Grandes historiadores de la cultura náhuatl, entre otros, fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Durán, tuvieron la oportunidad de escuchar amplísimos relatos de los sucesos prehispánicos entre los nahuas. Los informantes fueron testigos cualificados o principales, como se decía en el siglo XVI:

"Escogidos entre todos, muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas" (1)

Entre lo mucho relatado por los informantes, destaca, sin género de duda, el mundo de los dioses, dueños de la naturaleza circundante y de los destinos humanos. Sahagún, bajo diversos encabezados, se refiere a este mundo sacralizado del que tuvo noticia por boca de sus informantes. Durán escribió ampliamente también sobre "los ritos y ceremonias en las fiestas de los dioses y celebración de ellas".

El rico legado cultural, cuyos depositarios eran los viejos nahuas, heredado por ellos, conservado más en su memoria y en su formación recibida en el calendario que en testimonios escritos, quemados ya en su mayor parte por los hombres venidos de "las aguas divinas sin fin" o coatl; fué lo que ellos, los tlabatinime o "principales" entregaron a los sabios frailes. Su mundo sagrado era su mundo, su cultura era la que su testimonio describió, esa cultura compuesta por pautas sacras que constituían una inmensa explicación del cosmos y de los fenómenos tanto humanos como naturales. Si pensáramos en la existencia de "otro" mundo y de "otra" cultura, caeríamos en el error de occidentalizar ese mundo mágico, donde los ritos sagrados decían lo que había por saber, donde nadie dudaba del poder de los dioses para determinar el tonalli o "destino" de cada hombre.

Leyendo y releendo las fuentes nahuas, no podemos menos de concluir que el mundo de los nahuas era tan sagrado como unitario, que equivale a decir tan lleno de contenidos mágicos como absoluto e incuestionable para quienes vivían en él.

(1) Fray Bernardino de Sahagún, Historia general de las cosas de Nueva España, con numeración, anotaciones y apéndices de Angel María Garibay K., México, editorial Porrúa, S. A., 1956, 4 v., il., (Biblioteca Porrúa, 8-11), v. I, p. 106.

Ahora bien, el horizonte cultural de la altiplanicie encontraba su marco teórico de referencia en el conocimiento y manejo precisos del calendario o "cuenta de los años", en tanto que su marco práctico de referencia estaba dado por la expresión concreta de los conocimientos calendáricos en "las fiestas de los dioses". El saber calendárico correspondía a los sabios, sacerdotes y gobernantes, se estudiaba seriamente en el calmecac.

Se trataba de un saber sagrado, porque el mero conteo del movimiento celeste era instrumento del superior saber referente a los destinos, a las deidades y a los orígenes de lo que existe.

"Ellos nos llevan, nos guían,
nos dicen el camino,
quienes ordenan cómo cae un año,
cómo siguen su camino
la cuenta de los días
y cada una de sus veintenas,
de esto se ocupan,
a ellos les toca hablar de los dioses" (2)

Todo el pueblo, por su parte, participaba en la celebración de ese saber de los dirigentes, en las fiestas de los dioses. Los tel-puehcalli o "casas de jóvenes", que impartían los conocimientos y técnicas para vivir en el mundo náhuatl, preparaban a todo el pueblo, hombres y mujeres, para el culto de los dioses y la celebración de sus fiestas. Sabemos, por los "informantes de Sahagún", que los sacerdotes instruían minuciosamente a los jóvenes en los ritos y culto a los dioses:

"Tlacuacaltiliztli o educación de los jóvenes:
El sacerdote,
el que educaba a los jóvenes,
era el incensador principal.
Dejaba a los jóvenes
en las manos de los otros sacerdotes:
los que tallan y los que guardan.
Exhortaba a los jóvenes
a que vivieran bien ...
para que barrieran el patio del dios

(2) Libro de los Colloquios, paleografía y traducción al alemán de W. Lehmann, en Miguel León-Portilla, Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 200 p., il., p. 63.

les gritaba a cada uno de los jóvenes sacerdotes ...
 y los obligaban a encender el fuego ...
 en el patio del dios ...
 Se les obligaba a la vigilancia de la noche ...
 etcétera." (3)

Nos referimos a un mundo de fiestas, porque todo tiempo del año estaba comprometido con la celebración de los dioses. Las fiestas se sucedían unas a otras en lapsos rigurosamente contados de veinte días. Cada fiesta llevaba su período de preparación y de culminación, poseía ritual y lugar propios para su celebración.

Basta hojear el primer libro de la Historia de las cosas de Nueva España para seguir, con lujo de detalle, cada una de las dociecho fiestas narradas por Sahagún. Allí encontramos la vida cotidiana de los náhuas, la manifestación de sus creencias, la expresión de su cultura, la participación de todos los habitantes del mundo náhuatl: sacerdotes, guerreros, comerciantes, labradores y soldados; hombres y mujeres; ancianos, niños y gentes adultas etc. ... Tal parece que se vivía un teatro al aire libre, sangriento a veces, coloreado y festivo siempre.

La participación en las fiestas era general. A todos, dirigentes y macehuales, manifestaba la fiesta sus contenidos. Podríamos distinguir varios aspectos en las celebraciones.

- 1o. La participación de los náhuas con la naturaleza. Tomando como base el xiuhtehcālli o "cuenta de los años", rastrean los ciclos de la lluvia, las diversas etapas del cultivo del maíz, el alimento por autoconsumo (4), los cambios de los vientos y del clima, la aparición de las flores, la vida y la muerte de las cosechas. Asimismo, siguen atentamente el curso del sol y las estrellas. Cuentan minuciosamente los ciclos de la luna y de Venus, atisban los rumbos del cosmos y sienten su palpitar. Observan los movimientos de las fieras, las reacciones características de las especies zoológicas.

(3) Informantes de Sahagún, Itim, sacerdotes y ahuejotes de los dioses, Paleografía, versión y notas de Miguel León-Portilla, México, IIA, Instituto de Historia, 1983, 173 p., ilus., p. 76 y 77.

(4) Le rechazaban, proyectando sus valores culturales, temazcal, que significa "nuestro sustento".

20. La participación en los simos y los ritos.

La participación con los fenómenos de la naturaleza no era "objetiva" o científica, sino todo lo contrario, "subjetiva", hasta el punto de vivir psicológicamente inmersos en el movimiento, colorido y formas de la naturaleza cósmica. De ahí el constante afán de representar simbólicamente lo captado de los fenómenos naturales, de significar y ritualizar la sequía, la abundancia, las lluvias, el movimiento solar; la ferocidad del tigre, la astucia de la serpiente de cascabel, la rapacidad del águila ...

Entramos a la inmensa riqueza de objetos rituales que sirven al culto. En el Códice Matritense leemos una curiosa lista de "toda clase de objetos que se requieren allí en el lugar de las casas de los dioses:

"Piedra del sacrificio

pedernal

sahumador

papel

copal

altar

espinas

navajas de obsidiana

leña

madera fina

ramas de abeto

ortigas

huesos

hule

tabaco comestible

coracoles

jícara para copal

sandalias de hule

bolsa para el tabaco

manto de mariposas

manto para la penitencia

cueraus. " (3)

Además de los objetos rituales, existía el mundo de los signos. Parece que el signo preferido consistía en revestir a un hombre o a una mujer de la personalidad del dios mismo. Así, la participación era más sensible, máxime que el signo divino realizaba su significado total con la inmolación de su vida en honor del dios cuyo signo había sido. La fiesta de Toxcatl, en honor de Tescatlipoca, y la de Tititl, en honor de Tona, nos proporcionan magníficos ejemplos.

"a su honra (de Tescatlipoca) nataban en esta fiesta un muchacho escogido, que ninguna tacha tuviese en su cuerpo, criado en todos los aspectos por espacio de un año, instruido en tañer y cantar y en hablar ... todos sabían que era aquel la imagen de Tescatlipoca, y se postraban delante de él y le adoraban donde quiera que lo topaban". (6)

"a honra de esta diosa (de Tona) nataban una mujer... acompañarla con los atavíos de aquella diosa cuya imagen tenía ... bailaba sola ..." (7)

Sería prolijo enumerar otros signos rituales, que iban desde no oler las flores antes de ofrecer las primicias en honor de Ilaloc (8), hasta arriesgar la vida cautivando prisioneros vivos que serían ofrecidos en la fiesta de alguna deidad.

Un solo ejemplo del ritual de Xonatiuh, "el sol", nos mostrará la honda participación de un pueblo que vive inmerso en un mundo mágico:

"Cada día al salir el Sol era hecho sacrificio de codornices y circunento de incienso. Y así se sacrificaba a los codornices: les cortaban el cuello, las levantaban en ofrenda al sol, lo saludaban, le decían:

- Ha salido el Sol, el que hace el calor, el niño precioso, águila que as-

(6) Sahagún, *op. cit.*, v. I, p. 114 y 115.

(7) *Ibidem*, p. 130.

(8) *Ibidem*, p. 112.

ciende, ¿cómo seguirá su camino?, ¿cómo será el día?, ¿cómo algo sucederá en nosotros, su cola, su ala? (expresión idiomática nahuatl que significa, el pueblo, la genta baja).

Le decían:

- Dignate hacer tu oficio y cumplir con tu misión, señor nuestro.

Y esto se decía cada día cuando se iba el Sol. Cuatro veces en el día y cinco veces en la noche se ofrecía el incienso. Primera vez cuando el Sol está ya fuera. Segunda, cuando es la hora de la comida. La tercera, cuando está el Sol a la mitad. Y la cuarta cuando está ya a punto de ponerse.

Y durante la noche en esta forma hacían el ofrecimiento de incienso: primera vez al amanecer; segunda, a la hora de acostarse; tercera, al toque de flauta; cuarta, a la media noche y quinta, cerca del alba.

Y cuando anochece ofrecían incienso, saludaban a la noche, le decían:

- Ha venido a extenderse el Señor de la noche, el de naras puntlegrada y ¿cómo resultaría su oficio?" (9)

La presencia de las deidades se siente tanto como el aroma de las flores, la luz del día o la tiniebla nocturna. La educación impartida en los calpulli se preocupa, más que nada, de capacitar a todos para el culto, que se celebrará en las Fiestas de los Dioses.

30. La participación en las significadas, los contenidos ideológicos que sustentan el mundo nahuatl, debió ser más exclusiva de los dirigentes. Ya anotábamos que la significación teórica del mundo nahuatl constituía, por así decirlo, la armazón de las Fiestas.

La gran ciencia de los mayas giraba sobre el conteo del movimiento cósmico, ya sea en forma de matemática, ya sea como astronomía, ya sea como adivinación. El desarro-

(9) Traducción al español de León-Portilla, Matos, sacerdotes y navión de los dioses, p. 71-72.

llo de este saber tomó diversos rumbos, como el riquísimo ritual de las fiestas, la educación de los dirigentes y el pueblo, la escritura calendárica y adivinatoria (10), el cálculo matemático y el conocimiento climatológico.

Astronomía, la ciencia astronómica derivó a la convicción de un mundo cíclico, que corría a su ruina y al que era necesario reavivar cada 104 años, cuando "la cuenta de los años" o xihuhpohualli coincidía con "la cuenta de los destinos" o tonalpohualli.

El Dr. Alfonso Caso nos describe, con lujo de erudición, "el entierro del siglo", su significado cultural en el mundo nahuatl. (11)

La participación de los dirigentes en los contenidos teóricos de la cultura no significaba la posesión "objetiva" de los secretos del cosmos, sino que se trataba de una auténtica "vivencia de participación", en decir la toma subjetiva de posesión de esos conocimientos, afectarse por ellos, creer en ellos y vivir de ellos. Sería inexplicable la actitud de Moctezuma Xocoyotl, un Huey tlatoani, tlamatiuj respetado en su mundo, de no ser cierta esta participación subjetiva en la ciencia astronómico-mágica.

(10) Varios códices prehispánicos, conservados aún, nos revelan el inmenso desarrollo de este tipo de representación escrita. El trabajo de Guarí Nelor sobre el Códice Borja, que es un constante, es un buen ejemplo.

Cfr. Guarí Nelor, Comentarios al Códice Borja, traducción de Mariana Frank, México, Fondo de Cultura Económica, 1963; 3 v., il.

(11) Véase en la obra de Alfonso Caso, Los calendarios prehispánicos, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, 266p., il., (Serie de Cultura Nahuatl, monografías: 6), p. 127-140.

Así sintió Moctezuma uno de los ocho "presagios funestos" que precedieron a la conquista:

"Ahí se veía el cielo: las estrellas, el Mastelcojo.
Y Moctezuhzoma lo tuvo a muy mal presagio,
cuando vió las estrellas y el Mastelcojo.
Pero cuando volvió por segunda vez
la mollera del jaguar,
nuevamente vió allí, en lontananza,
como si algunas personas deprimas ...
se hacían la guerra unos a otros,
y los traían a bestias unos como venados.
Al momento llamó a sus magos, a sus sabios.
Los dijo:
—¿no sabéis: qué es lo que he visto?
¿Unas como perlas que están en pie y agitándose! ...
Pero ellos, queriendo dar la respuesta,
se pusieron a vilar: desapareció (todo):
nada vieron ..." (12)



(12) Informantes de Sahagún, Códice Hieroglífico, cap. I, en Visión de los vencidos, versión de Angel F. Carrizosa, notas y selección de G. León-Portilla, México, UNAM, 1961, 215p., ilu., (Biblioteca del estudiante universitario: 81) p. 4-5.

Correlativo al hombre maya en el universo de Kinh, descrito por el Dr. León-Portilla en su ensayo sobre Tiempo y realidad en el pensamiento maya (13), podríamos situar al hombre náhuatl en el universo de Tenalli. En efecto, Tenalli significa día, pero un día en los parámetros de la cultura náhuatl, equivale a espacio de tiempo cargado con los augurios emanados del calor y la luz, Tena en náhuatl, de Tena-tiuh el sol y de los astros. Así, cada día equivalía a un destino fijo y catalogado en el engrado libro de los destinos o Tenal-pohualli, cuidadosamente localizado por la cuenta de los destinos o Tenal-pohualli. Ahí se localizaban los destinos de cada habitante del mundo náhuatl, en cuyo nacimiento los sacerdotes o Tenal-pohuame habían leído y palpado el tenalli.

"Después de haber nacido la criatura, luego procuraban de saber la ventura que había nacido, para saber la ventura que había de tener; a esto propósito iban luego a buscar y a hablar al adivino, que se llama tenal-pohuame, que quiere decir, sabe conocer la fortuna de los que nacen.

Primeramente este adivino preguntaba por la hora en que había nacido, y el que iba a buscarle, le decía la hora en que había nacido la criatura, y luego el adivino revolvía los libros y buscaba el signo en que había nacido, según la relación del que iba a enfermarle. (14)

(13) Cfr. León-Portilla, Tiempo y realidad en el pensamiento maya, ensayo de acercamiento, prólogo de Eric Thompson, apéndice de Alfonso Villa Rojas, México, UNAM, Instituto de Investigaciones históricas, 1968, 177p., il., (Serie de culturas mesoamericanas: 2), p. 95-110.

(14) Sahagún, op. cit. v. II, p. 204



(Un tonalponque dice el nombre del niño. Códice Florentino)

Un mundo de fiestas, signo del mundo de Tonalli, que avanza hacia su fin cada cincuenta y dos años, constituía un mundo unitario. Quiero decir que se trataba de un mundo no-pluralista, en donde toda realidad encontraba su sentido en ese afán de observar el movimiento del cosmos e interpretarlo con categorías mágicas.

La "historia" no iba a ser una excepción, ni tenía por qué serlo. Fijar fechas con precisión, conservar por escrito y oralmente los acontecidos, tener conciencia del pasado, de los valores de la propia cultura y demás cosas que constituyen la historia, tenía sentido para los nahuas, no como algo independiente, sino como precisiones valiosas de su único mundo: el mundo mágico de los destinos humanos manejados por los dioses. (15)

(15) Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, historiador mestizo de Tescoco, nos refiere los trabajos que se tenían los antiguos nahuas para fijar fechas, precisar acontecimientos y confeccionar los "anales" o xiuhpohualli. Cfr., (Novaro, prólogo a la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Historia chichimeca, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892, 4550., p. 17-19.

OTROS NOMBRES DE LA HISTORIA

- CANTARES EPICOS
 - TRADICION NACIONAL
 - TINTA NEGRA Y ROJA
-

La "historia" tendrá sentido, pues, cuando se refiera al cosmos, al universo de tonalli. En este universo suceden cosas, dentro de él y sujetos a él viven los hombres, pero éstos no constituyen el punto de referencia último, ni mucho menos. Los acontecimientos importantes, los que deberán tomarse en cuenta para la suerte de los hombres, son los relativos al tonalli, polvillo imperceptible a simple vista, que baja de los astros y maneja los destinos humanos.

"La" historia, que para nosotros podría significar historia de los hombres, por hacer de los hombres centro de los intereses; para los nahua "la" historia significaría una cosmohistoria, pues es el cosmos con sus astros y su ordenamiento lo que interesa a la observación de los sabios y a la celebración ritual de todo el pueblo, en las fiestas de los dioses.

CANTARES EPICOS

En culturas tales como la náhuatl y la maya en las que la cronovisión es sinónimo de cosmovisión (16), el pasado histórico cobra necesariamente ciertos significados y relieves míticos, ligados al calendario y a las realidades cósmicas. Esta manera de ver el pasado no impide que se vea como histórico, pues eso supondría un deslinde teórico-objetivo entre la naturaleza humana y la naturaleza cósmica restante. Esto último nos llevaría inmediatamente del mundo cultural de los náhuas.

En la introducción a la Épica Náhuatl, el Dr. Angel M. Saribay, mérito investigador de esta cultura, nos explica la implicación de la historia en la épica y la consiguiente complicación de una y otra:

"La concepción de la historia en los pueblos indígenas tiene que ser totalmente distinta de la occidental y, con mayor razón, de la fría, desecuada y matemática, de tenor científico, de nuestros tiempos.

Más que la historia, contiene leyenda y mitología: los dioses y los hombres se entremezclan, los dioses se hacen hombres, o se revisten de caracteres antropomórficos, los hombres se elevan a la apoteosis y de todo ello resulta una síntesis que, poco útil para la historia, es del plano dominio de la creación poética, en su estricto sentido etimológico. Va la fantasía siempre en pos del mito y la historia misma se pierde en una niebla dorada de belleza".

(16) Cfr. León-Portilla, Dioses y Realidad en el pensamiento maya, p. 98 y 109

(17) Angel M. Saribay, Épica náhuatl, 2a. ed., México, UNAM, 1964, LXXXVI-99p., il., (Biblioteca del estudiante universitario: 31), p. V y VI.

Esta descripción nos podría persuadir de la disolución de la historia en el mito y la leyenda, pero pensar de esa manera sería forzar con nuestras categorías la entrada a la cultura de los antiguos mexicanos. Quizá nos acerquemos más a lo que ellos pensaban como historia, si aceptamos el hecho tal y como aparece que fue: una conciencia de lo acontecido conforme a su concepción mítica:

Juan Bautista Pozar, en su Relación de Texcoco, nos aclara a este modo de concebir la historia:

(1o. en la manera de concebir la historia)

"Esforzábanse los nobles y aun los plebeyos si no eran para la guerra, para valer y ser sabidos y componer cantos en que introducían por vía de historia, muchos sucesos prósperos y adversos, y hechos notables de los reyes y personas ilustres y de valer, y el que llegaba al punto de esta habilidad era tenido y muy estimado, porque casi eternizaba con estos cantos la memoria y fama de las cosas que en ellos componía ..." (18)

(2o. en el contenido de los cantos épicos)

"En ellos (los cantos) hay gran noticia de sus antigüedades, en forma de crónica y historia, pero para entenderlos es necesario ser gran lengua". (19)

(3o. en la función social de la épica-histórica)

"Los cantos y bailes públicos, lo que se cantaba, eran de hechos notables que hicieron hombres pensados, o praxetas, o cosas que los buenos eran obligados a hacer, y esto se cantaba con tales palabras y compostura que movía los ánimos de ellos a hacer lo mismo y ponerlo por obra en ofreciéndose ocasión". (20)

(18) Juan Bautista de Pozar, Relación de Texcoco, 1590, en Locafía náhuatl I, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Angel M. Garibay K., México, 1968, Instituto de Historia, 1964, 16-241p., p. 190.

(19) Ibidem, p. 171. La dificultad expresada por Pozar se refiere a los contenidos culturales de la concepción náhuatl, sin los cuales es casi imposible entender los poemas épico-históricos.

(20) Ibidem, p. 193

La historia, pues, confundida con la épica, en un mundo unitario, dió a sus héroes "nombres calendáricos" (21), los convirtió en poderes y fuerzas cósmicas (22), describió a sus dioses con denominaciones calendáricas (23) y se lanzó a buscar en las edades cosmogónicas el origen de lo que existe (24).

Podríamos concluir la exposición de estas ideas con las palabras de Caribay:

"Error ha sido tomar como base perfecta de historia lo que es preciso documento de erudición de la fantasía, con bases en los hechos ciertamente, pero que no reproducen los hechos, sino la concepción de ellos". (25)

(21) Véase como: En Sinaloa Quetzalcoatl: "nuestro señor Quetzalcoatl uno-caca".

(22) Véase como: Quetzalcoatl: "Quetzalcoatl el sol".

(23) Vgr. En Sinaloa Quetzalcoatl: "el sol llamado cuatro revoluciones". Vgr. Caso, Alfonso, "Nombres calendáricos de los dioses", Memorias de la Academia de las Ciencias de México, 1953, en Los calendarios prehispánicos, p. 188-199.

(24) En esta sentido podemos entender la legenda de los Tolos, 1753, del Códice de Mendoza.

(25) Caribay, En Sinaloa, p. VI.

TRADICION NACIONAL

Muchos decenios después de la conquista de la altiplanicie por las huestes castellanas, los historiadores mestizos muestran un regionalismo profundo en la redacción de sus crónicas.

Muñoz Camargo se preocupa tanto del buen nombre de Tlaxcala y sus aliados españoles que se olvida de los pueblos circunvecinos, en cuanto no tengan que ver con Atzacala. Alvarado Tezozomoc y Chimalpahin hacen otro tanto con México-Tenochtitlan y Chalco-Acaquemecan. Lo mismo se diga de los restantes historiadores mestizos como Alva Ixtlilxóchitl, y Pomar, de Tlaxco; Pablo N. de Saltecan y otros.

Parece ser que la historia, concebida universalmente, no perteneció al patrimonio cultural de los nahuas. El afán sincronizador de fechas, entre varias culturas, de los mestizos, sobre todo con la occidental-europea, se debe agradecer más al colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde los frailes franciscanos aculturaron a los indios historiadores, que no a herencia prehispánica.

A esta característica podemos llamarla "tradición nacional", pues responde en realidad a tal denominación.

Se trata, en efecto, de una tradición, si colocamos bajo ese título el arcaico acervo de la itoloca. El Dr. León-Portilla describe así el significado de la itoloca nahuatl:

"espaldas de un pueblo por no perder la memoria de su pasado ..." (26)

"siguiendo a Leiser y a Caribay puede traducirse este término como "historia". La relación oral de lo que ha sucedido a alguien. Mas, como se mostró en el cap. V, no se trata de un mero decir sin fundamento, como lo hace ver un texto de los antigos de Cuauhtitlan, donde se afirma:

-Se está decir (relatar), lo que se puso en papel y se pintó.

O sea, que la itoloca nahuatl presupone una genuina base documental". (27)

La tradición iba pasando de padres a hijos, en forma más o menos estereotipada, tal y como ha sucedido en todas las culturas, con arraigada tradición oral. Así, los viejos eran los depositarios oficiales de la tradición, en su memoria se guardaba tenazmente la hachuetlanitliltli o "antigua regla de vida" (28), ellos daban razón de su legado al ser requeridos. En esta forma, fray Bernardino de Sahagún obtuvo los ricos y variados testimonios de la cultura antigua, porque los viejos nahua poseían una conciencia histórica y poseían los relatos del pasado. Este tipo de relatos tradicionales se les conocía como hachuetlatelli, es decir, "relatos de los viejos".

Sabemos, además, que esta conciencia histórica de sus tradiciones era minuciosamente estudiada en los centros de educación, sobre todo en el calmecac. Allí se enseñaba la itoloca o conjunto de tradiciones nacionales, se enseñaba a pintar en los códices esos mismos relatos y, cosa curiosa, se enseñaba a leer los glifos pictográficos y calendáricos escritos, que servían a modo de mnemotecnia para rehacer punto por punto todo el relato.

Un poeta nahuatl nos describe esta enseñanza:

"Yo canto las pinturas del libro,
lo voy desplegando,
soy cual florido papagayo,
hago hablar los códices,
en el interior de la casa de las pinturas" (29).

(27) Miguel León-Ortilla, La itoloca nahuatl en sus fuentes, prólogo de Angel M. Nahuayán, 2a. edición, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968, VIII-117p., iln., (Serie de Cultura Nahuatl. Monografías 10), p. 388.

A este propósito debemos recomendar nos dice, refiriéndose a las fuentes de su Génesis pictográfica, (traducción directa del nahuatl por Alicia León, México, UNAM, Instituto de Historia, 1949, XVII-182p.), p. 4:

"Más allá de la leyenda y el cuento en su relato, y aun lo dibujaron en sus pergaminos los que eran viejos y viejas, nacidos en México y acahuas, bináhuilas y bináhuilas, mecatlan cahachahuas, mientras estereotipados".

(28) Filosofía Nahuatl, p. 378.

(29) En los sonetos mexicanos, p. 61. León-Ortilla toma este texto del manuscrito concerniente cantares mexicanos, de la Biblioteca Nacional de México.

Ahora bien, la itoloca tenía marcadas características de nacionalismo. Se trataba precisamente de la conservación del grupo, de sus tradiciones y de sus tierras, de sus dioses y el culto de los mismos, de sus héroes, etc. La necesidad de subsistir abundaba el sentimiento nacionalista, además de la rivalidad entre pueblos hermanos en la cultura y enemigos por la ambición del poder y las riquezas. Podríamos, pues, afirmar que cada ciudad-estado del antiguo imperio poseía su itoloca, sus tradiciones; cada una la conservaba cuidadosamente, por lo cual esta enseñanza alcanzaba un alto grado de educación cívica.

La Crónica Mexicana de Alvarado Tenochómac nos recoge un valioso testimonio de lo que la conciencia histórica del grupo azteca tenía hacia por la memoria de sus héroes:

"La muerte
que nuestros padres, hermanos e hijos recibieron,
no les sucedió por lo debieron nada,
ni por robar, ni por mentir,
ni por alguna vilicia,
sino por valor y honra,
de nuestra patria y nación
y por el lor de nuestro imperio mexicano,
y honra y gloria
de nuestro Dios y señor Huitzilopochtli,
y recordación de perpetua memoria,
honra y gloria de ellos" (30).

Estas profundas palabras nos recuerdan el verso horaciano que exaltaba igualmente el patriotismo romano:

"dulce et decorum est
pro patria mori" (31)

Aun entre ciudades tan próximas y tan hermanas como podían serlo Mexico-Tenochtitlan y Mexico-Huastotlan, la rivalidad nacionalista se sentía vivamente. Tenochómac, heredero de la sangre de los tlatoque y la itoloca defende la gloria de los suyos:

(30) Fernando Alvarado Tenochómac. Crónica Mexicana, México, Editorial Legenda, 1944, p. 94

(31) El poeta latino tradujo el verso griego de Alceo: ὄνηρ τῆς πατρίδος τελευτᾶν, ἡδὺ

"Fue Tenochtitlan la que guardó esta relación de cuando reinaron todos los grandes, los grandes ancianos, los señores y reyes tenochcas. Tlatelolco nunca nos lo quitará, porque no es en verdad legado suyo". (32)

Por su parte, los tlateloltecos, en su crónica anónima de 1523, se quejan duramente de la confusión de sus vecinos durante el terrible asedio de la ciudad, en 1519.

"Pero en Xochititlan y en Tepayacas nadie tiene herencia. Los únicos que guardan en vigilancia del camino somos los de Tlatelolco cuando aquéllos (los españoles) llegaron con sus barcas. Al día siguiente los fueron a dejar en Xoloco. Por dos días hay combate en Xuitzilan. Fue cuando se mataron unos a otros los de Tenochtitlan... se hicieron más los mismos los de Tenochtitlan al matarse unos a otros". (33)

Una tradición nacional sentida y consciente, conserva los dioses tutelares, como los antiguos reyes cuidaban de sus "penates"; conserva asimismo los nombres y las hazañas de sus jefes. Aun en tiempo un tanto lejano, los historiadores mestizos nos transmiten el elenco de sus gobernantes y sus linajes. Se trata del tlacamecayotl o linaje. El citado Alvarado Texozotoc nos conserva la enorme lista de héroes y jefes mexicanos, los tlacamecayotl, cuyo linaje venía de los tlatoque de Culhuacan, por ser estos últimos los legatarios herederos de Tula.

Veamos, por ejemplo, el linaje de Tlacácel, "el cihuacoatl, el conquistador del universo" (34):

"El señor Tlacácel, el "Cihuacoatl", hijo de Xuitzilahuatl, (segundo rey de México); la mujer de este es llamada "Cihuacoatl" Tlacáceltzin para la llamada Xuitzilahuatl, de quienes nacieron cinco hijos, cuyos nombres he aquí: El primero se llama Xitlacácel, y fue Tlacáceltzin;

(32) Fernando Alvarado Texozotoc, Crónica Mexicáyotl, p. 5.

(33) Relación anónima de Tlatelolco, 1523, en Vida de los venidos, p. 146.

(34) Alvarado Texozotoc, Crónica Mexicáyotl, p. 124.

el segundo se llamó Chilpotoncutzin,
 quien fué Chiuacoatl;
 el tercero se llamó Moyotzin;
 el cuarto, mujer, se llamó Achikuspoltsin;
 el quinto, fué casado con mujer
 y se llamó Huampocotzin ...

Tuvo otros doce hijos "Chiuacoatl", Muchue Tlacaoleltzin,
 quienes tuvieron cada una verdaderas madres,
 y se les engendraron en otro sitio;
 he aquí sus nombres:
 el sexto de entre ellas se llamó Tolintzin,
 segunda hija suya;
 el séptimo, mujer, se llamó Tolintzin,
 el octavo, se llamó Achicacamapichtli;
 el noveno, se llamó Yflocantzin;
 el décimo, se llamó Xocatl-teoctli;
 el décimo, primero se llamó Chicuatlan-teoctli;
 el décimo segundo se llamó Yotepalotzin;
 el décimo tercero se llamó Totocochtzin;
 el décimo cuarto se llamó Tlacochehualtzin;
 el décimo quinto se llamó Tosenetsin;
 el décimo sexto, fué mujer, pero no se sabe bien su nombre;
 el décimo séptimo se llamó Chualpantzin,
 y con esto queda ya contada el total de los
 diecisiete hijos de Tlacaoleltzin." (35)

El conjunto de tradiciones propias o nacionales era cuidadosamente conservado en los culpalli por el "conservador oficial" o Tlapizcatzin. Quizá el mayor acervo de tradiciones estaba constituido por lo religioso, pues lo religioso, como ya vimos, daba consistencia al resto. Así, el sacerdote conservador cuidaba, más que otra cosa, de lo relativo al culto de los dioses. Los informantes de Ahagún nos describen su papel:

"El tlapizcatzin
 tenía cuidado de los cantos de los dioses,
 de todos los cantares divinos.
 Para que nadie errara,
 cuidaba con esmero
 de enseñar él a la gente
 los cantos divinos en todos los barrios.
 Había pregón.
 para que se reuniera la gente del pueblo
 y aprendiera bien los cantos". (36)

(35) Op. cit. p. 12-13.

(36) Informantes de Ahagún, en Sison, anécdotas y atavismos de los dioses, p. 101.

El difrasicismo náhuatl in tili in tlavalli, que literalmente se vierte como "la tinta negra y roja", encierra profundos contenidos culturales. Los nahuas se referían a sus "códices", llamándolos descriptivamente "tinta negra y roja". Con todo, ellos veían en sus códices algo más, mucho más de lo que nosotros podríamos ver en nuestros libros impresos con las mejores técnicas.

Quizá nos ayude a penetrar en la vivencia de los nahuas ante sus libros de papel de amate o de piel de venado, el hacer una corta reflexión histórica.

Los nahuas, herederos de la alta cultura naciente, según todos los indicios, en el litoral del Golfo, participaban aún de la viva experiencia de construir la escritura. Eran perfectamente conscientes de las dificultades que implica fijar por escrito los sonidos humanos del lenguaje, máxime a aquellos que llevan un contenido abstracto y más lejano de lo físico. De la mera escritura pictográfica habían avanzado a la ideográfica, y, sea calendárica ya sea representativa de conceptos, y aun a los inicios de la escritura fonética (37). Habían asimismo experimentado mil modos de tinta y papel, hasta llegar a la técnica especializada del tlacuillo o "pintor de códices".

Estos avances, sucesivos unos a otros, ante la dificultad siempre presente de la carencia de medios, convirtieron en preciosos los libros pintados, llamados "códices" por los conquistadores.

Atendiendo, por otra parte, al marco universal de referencia: el mundo de los dioses y sus fiestas conectada a los hombres por los destinos; tenemos que esos libros pintados eran, además de preciosos, sagrados, vivos recipientes de la verdad y de la historia.

(37) León-Portilla explica ampliamente los diversos tipos de escritura usados por los nahuas, de la última época, en su obra Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares, p. 54-63.

Las palabras de los informantes indígenas de Sahagún nos describen toda una vivencia, una manera peculiar de ver, sentir y saber los libros pintados con tinta negra y roja.

Crear y estar persuadido que "ahí" está el ser de la teotoca, la sabiduría, las artes, de todo lo que sirve de luz para seguir en el camino de la existencia:

"Y ahí en Tamoanchan también est^{án} bar los tiamatinime (sabedores de cosas) los llamados poseedores de códices. Pero estos no duraron mucho tiempo, los sabios luego se fueron, otra vez se embarcaron, y llevaron consigo lo negro y lo rojo, los códices y pinturas, se llevaron todas las artes de los toltecas, la música de los dioses ... (38)

Equivalía, pues, llevarse "lo negro y lo rojo" a quedarse en la penumbra de la desorientación, de la falta de soluciones, lo cual equivale culturalmente a perder la cultura misma que se tiene. Sabemos que para los nahua mexicanos "las artes de los toltecas" significaban cuanto de sabiduría y cultura pueda decirse. Y, al llevarse "lo negro y lo rojo", se llevaban "todas" las artes de los toltecas. Poco después, el mismo Códice Bntrritense nos describe la angustia cósmica del pueblo privado de los códices:

"¿Brilla á el sol, amanecerá?
¿Cómo irán, cómo se establecerán los macehuales?
porque se ha ido, porque se han llevado
la tinta negra y roja.
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra lengua?
¿Cuál será nuestra ciudad?
¿Cuál será el gobierno?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la voz y la luz? (39)

(38) Informantes de Sahagún, Códice Bntrritense de la Real Academia de la Historia, fol. 121 v., versión de Sigurd Rada-Portilla, en Los Antiguos mexicanos, p. 50.

(39) Ibidem.

Difícilmente podemos hacer un comentario que no nos estropee la pintura indígona sobre la tragedia, la angustia de ese pueblo, intérprete del cosmos, que localiza físicamente en "la tinta negra y roja" de sus códices lo que debe hacer, porque ahí está su historia y ahí se dice lo que ellos, los mexcituales, tienen que hacer para el mantenimiento de su mundo unitario, donde e todo está en pie (astros, ciudades, ética y cultura) o todo se arruina en una catástrofe total.

Años después de la conquista, Juan Bautista Pomar, cronista totecocano, haciéndose eco del sentimiento experimentado por sus ancestros indígenas, nos dice:

"Quitán sus pinturas en que tenían sus historias, porque al tiempo que el Marqués del Valle don Hernando Cortés, con los demás conquistadores, entraron la primera vez en ella (en tezcoco), que habrá sesenta y cuatro años, poco más o menos, se las quemaron en las casas reales de Tzahualpitzintli, en un gran aposento que era el archivo general de sus papeles, en que estaban pintadas todas sus cosas antiguas, que hoy día lloran sus descendientes con mucho sentimiento, por haber quedado a oscuras, sin noticia ni memoria de los hechos de sus pasados". (40)

Perder la "tinta negra y roja" de los códices es quedar "como a oscuras".

Sentimiento trágico en verdad que se sumó a otros para realzar en el "trauma de la conquista", como llaman varios historiadores actuales al fin repentino de la cultura náhuatl.

Hemos dicho que el pueblo localizaba en los códices su pasado, con localización física. Así podemos comprender por qué Tlacaelel e Itzcoatl, cuauhtli y Atlacani de México-Tenochtitlan respectivamente, lograron cambiar el rumbo de la historia mexicatli, destruyendo de los antiguos códices y pintando otros nuevos. Pretendía el gran cuauhtli dar relevancia a su pueblo delante de los pueblos vencidos, pues los astecas habían escudado el poder con una rapidez casi increíble, habían pasado de ser insignificantes a ser los dominadores de todos los nahuats y aún más.

"Se guardaba su historia (en los códices).
Pero, entonces sus sacerdotes
cuando reinó Itzcoatl, en México". (41)

Sobre decir que la gente del pueblo sentía una estima grande hacia los "poseedores de códices", los tlasotinias, quienes sabían los secretos del pasado y los leían en la tinta negra y roja. Ellos, como poseedores del pasado, están capacitados para prever el futuro y guiar al pueblo. Así nos lo dice el texto del Libro de los Colloquios :

"Los que están mirando (leyendo),
los que miran (o reflexionan lo que leen),
los que vuelven religiosamente
las hojas de los libros de pinturas.
Los que tienen en su poder
la tinta negra y roja,
las pinturas.
Ellos nos llevar, nos guían,
nos dicen el camino". (42)

Las representaciones pictográficas y glíficas, "la tinta negra y roja", nos brindan otro aspecto más. Nos referimos a lo que Agustín Yáñez llama "expresión plástica". Se trata, en efecto, de una nueva dimensión, desconocida e inexplorada para nuestra cultura de escritura fonética. Yáñez nos dice:

"El inicio es capaz de manifestar por medio de líneas, colores y volúmenes, así las realidades inmediatas, aprehensibles por los sentidos, como los conceptos intelectuales más abstractos, las creaciones poéticas, los misterios religiosos, las decisiones volitivas. Hallamos en los jeroglíficos la prueba solenne y exacta del poder plástico; sin desconociendo en absoluto sus valores significativos, la veraz contemplación de los jeroglíficos produce nuevas impresiones, que del acrobata visual y estético nos llevan a intuir la capacidad de aquellas imágenes, la riqueza espiritual de sus autores ...". (43).

(41) Informaciones de Sahagún, Historia general de las Indias occidentales, Vol. 102 v., traducción de León-Portilla, Los señores mexicanos, p. 90-91.

(42) Libro de los Colloquios, citado por León-Portilla en Los señores mexicanos, p. 91.

(43) El inicio, una antología, selección y estudio de Agustín Yáñez, México, UNAM, 1962, 8 111-120p., ill. (Biblioteca del estudiante universitario, B) p. XVII.

La tinta negra y roja calza dimensiones plásticas para entregarnos el mundo unidario, físico y metafísico, legendario-mítico e histórico, único por la religión, quien le da cohesión total. En esa plasticidad están los tonos épicos, tradiciones nacionales, "lo que se puso en el papel y se pintó" para ser relatado. Un códice náhuatl, reflejo de la cultura que lo pintó, nos da todo junto a manera de ícono oriental, donde los planos ideológicos y artísticos encuentran una solución distinta a la perspectiva y composición occidentales.

"La actitud indígena comprende todos los planos del mundo - internos y externos, reales e ideales -, ¡ los expresa conjuntamente." (44)

Nunca encontramos en los códices una narración histórica lógica -en el sentido griego de la palabra-, descarnada u objetiva; por el contrario, los acontecidos, llenos siempre de un halo divino, se funden y se confunden con el relato.

"La religión, toda, con su absoluto poder de observación vital, es una institución que serie de conceptos, excepciones y formas de orden plásticas. Quizá si aquellos gentes hubieran alcanzado la escritura fonética, abandonando el símbolo pictórico desde luego por el alfabético, serían y serían, otra fuerza la filtración de su vida y de su cultura". (45)

"Ahí" está, pues, la historia de los nahuas, cooperada por todos los libros pintados, una historia mítica, de las edades cósmicas y de los dioses, en la cual los hombres participan como sostenedores y cooperadores de los dioses. Quizá podemos, a través de amplios conocimientos culturales, leer "La tinta negra y roja", pero nuestra lectura comprensiva será siempre desde fuera. Tratar de revestirnos de los acontecidos y de las actitudes psicológicas de los tlamatinime, podrá acercarnos aún más a lo que los nahuas entendían por historia.

(44) Op. cit., p. XVII.

(45) Ibidem.

MESTERES DE UN TLAMATINI

En consonancia con el mundo unitario de los náhuatl, que colocan a sus dioses con una entera total, existe la estructura mental también unitaria que constituye el pensamiento.

Los poseedores de la ciencia náhuatl, de la estructura total que explica el mundo que nosotros llamamos "cosmovisión", eran los tlamatinani o "embajadores de cosas". Hay testimonio de Sahagún los llama "sabios", en el libro Tratado de las lenguas, y "filósofos" en una apostilla del folio 116r del Códice Vaticano de la Real Academia de la Historia.

No queremos decir que todos los tlamatinani supieran todo, pues consta que especificaban el apelativo genérico. Anticipando el compuesto tlamatinani o "el que sabe", aglutinaban particularmente específicos como: tlamatinani-ahui o "el que sabe cosas de agua"; tlamatinani-uhui o "el que sabe cosas del cielo"; tlamatinani-ahui o "el que conoce la región de los muertos" ... (46). Sin embargo, leyendo los textos antiguos, seguimos creyendo que el tlamatinani reciente se consideraba estaba muy lejano de la cosmovisión náhuatl y que sus sabios se preparaban en el tlamatinani para llegar a ser poseedores del reino de los muertos y conocedores del cielo" (47), que equivalía a la posesión de la ciencia total. Este paralelismo difrástico tlamatinani-ahui, tlamatinani-uhui, nos recuerda el difrástico semita "el cielo y la tierra" con el que la Biblia expresa la totalidad absoluta del ser.

Habría mejor para nosotros una idea cabal de lo que significaba para los náhuatl un tlamatinani, que citar algunos textos originales.

Los fuentes documentales que nos brindan estos textos no parecen ser mejores. Se trata, en efecto de "los informantes de Sahagún" y de los "collegios" y doctrina cristiana enseñada entre los sabios tlamatinani y los doce primeros franciscanos venidos a Nueva España". (48). Sobre el origen de estos documentos, nos dice León-Portilla:

(46) Angel Sa. Gharibay, Historia de la literatura náhuatl, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1954, v. II, p. 391 y 392.

(47) Informantes de Sahagún, Códice Vaticano del Real Palacio, traducido por León-Portilla en la filosofía náhuatl, p. 30.

(48) La discusión y valoración de estas fuentes ha sido establecida, tanto por Angel Sa. Gharibay en su Historia de la literatura náhuatl v. II, p. 52-53, como por Miguel León-Portilla en su Filosofía náhuatl, p. 8-19, respectivamente.

"El valor de esta obra reside en el hecho de presentarnos la última actuación pública de los sabios náhuatl, en el año de 1524, defendiendo sus opiniones y creencias ante la impugnación de los doce primeros frailes" (49).

Los textos originales nos dicen, refiriéndose a los tlamatimies:

"El tlamatimie: una luz, una tea,
una grana. Tea que se alumna.
Un espejo heralado,
un espejo agajereado, por arcos lindos.
Suya es la tinta negra y roja,
de él son los códices, de él son los códices.

El mismo es tinta negra y roja
de casero, guía veraz para otros.
Conduce a las personas y a las cosas,
es guía en los negocios humanos.

El tlamatimie verdadero es cuidadoso
y guarda la tradición (piñale).
Suya es la sabiduría transmitida (machine),
él es quien la enseña,
sigue la verdad,
no deja de amonestar.

Hace sabios los doctores ajenos,
hace a los otros tener una cara
los hace desarrollar.
Les abre los oídos, los ilumina.
Es maestro de guías,
les da su camino,
de él uno depende ..." (50)

El texto sigue enumerando atributo tras atributo del tlamatimie. Van apareciendo las variadísimas posibilidades del sabio náhuatl: poseedor de códices y de sabiduría, conocedor del pasado y de la tradición nacional, maestro de esa misma tradición, pedagogo y guía de los demás, psicólogo que conoce las reacciones humanas para encauzarlas, moralista, filósofo, etc ... Los nombres de un tlamatimie eran tan importantes como para que de ellos "uno dependiese".

(49) La filosofía náhuatl, loc. cit.
Conviene saber que el libro de las colaciones fue recopilado por el mismo Sahagún.

(50) Informantes de Sahagún, Códice Vaticano de la Real Academia de la Historia, fol. 118 r. y 119 v., transcripción de León-Portilla en La filosofía náhuatl, p. 65.

Parece que la confianza total que el pueblo náhuatl depositaba en sus "guías", se apoyaba en que ellos eran los "poseedores de la tinta negra y roja", de la "sabiduría transmitida", ellos los que guardaban la tradición de los viejos y de la nación, ellos que en sí mismos encarnaban la sabiduría, porque "ellos eran la tinta negra y roja". En esta forma, poseyendo la historia, el saber se esperaba para "conducir a las personas y a las cosas, para ser guía en los negocios humanos", podía "enseñar y monetar", dar intenciones, como "una granca tea que no ahoga".

La tradición histórica, la itoloca, el pasado acumulado en la sabiduría de hoy, estaba dado por la ciencia cósmico-calendárica, el culto correspondiente de los dioses; el conocimiento de los destinos humanos y el cúmulo de sagientes discursos o tlatolli, algunos de los cuales nos han sido conservados por Sahagún en el libro VI de su Historia. Estas características del acervo histórico, bien distintas del nuestro, compuesto por otras pautas y depurado por la crítica histórica, se trasladan en el texto de los Colloquios entre los sabios indígenas y los frailes evangelizadores, habido en Tezocco, el año 1524:

"Hay quienes nos guían,
nos gobiernan, nos llevan a cuestras,
en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses,
cuyos servidores somos como la cola y el ala,
quienes hacen las ofrendas, quienes incensan,
y los llamados Suejucatlacau.

Los tlatolmatzinime (sabedores de discursos)
ca de ellos obligación,
se ocupan día y noche,
de poner el copal
de su ofrecimiento,
de las espinas para cejarse.

Los que ven, los que se dedican a observar
el curso y el proceder ordenado del ciclo,
cómo se divide la noche.

Los que están mirando (loquendo),
los que cuentan (o recitarían lo que leen).
Los que vuelven diligentemente las hojas de los códices.
Los que tienen en su poder la tinta negra y roja y lo
pintado, ellos nos llevan, nos guían,
nos dicen el camino.

Quienes ordenan cómo que un año,
 cómo sigue su camino la cuenta de los destinos
 y los días y cada uno de las veintenas (los meses).
 De esto se ocupan, a ellos toca hablar de los dioses". (51)

Los mesteres del tiamatini aparecen tan ampulosos como la anchura del cielo y tan concretos como saber qué decir a un pueblo que lo espera todo de él. Hemos leído en el texto indígena que un tiamatini "no gobierna", sabe "cómo deben ser venerados los dioses", "hace las oraciones e inciensos", "sabe los tlatolli o discursos", se ocupa del culto y el tonalli o destino de los hombres, sabe leer las viejas hojas de corteza de amate para narrar a los demás la historia de lo que ha sido y, a partir de una historia, guiar en el presente al pueblo. Quizá tengamos que renunciar para volver a encontrar ciertos "especializados", objetivamente, dentro del mundo náhuatl. Digo "objetivamente", refiriéndome a especializaciones como tales, pues cada tiamatini en lo personal bien pudo conocer más de una cosa que de otra, ocuparse más de una cosa que de otra. De la misma manera, tendremos que renunciar a encontrar el "historiador como tal", pues lo que a nuestro gusto le toca hacer a un historiador, eso mismo lo hacía un tiamatini náhuatl. Uno de los mesteres del tiamatini era ser historiador, en funciones de investigador "que está mirando y leyendo los códices", en funciones de nuestro "que refiere lo que lee", en funciones de vidante "que sigue el camino de la cuenta de los destinos", de domagego "que guía y dice el camino" a su pueblo.

Si es verdad que los nativos pensaban de la historia más o menos como lo hago ver en este ensayo, podríamos intentar una comprobación histórica. Los terrenos ideales de la comprobación pueden ser los momentos históricos del enfrentamiento de la cultura náhuatl con la cultura de occidente. Ideales, porque en el contraste aparecen más nítidos los colores.

(51) Coloquios y doctrina cristiana, traducción de León-Portilla en La filosofía náhuatl, p. 65

Sabemos que el encuentro fue trágico para los nahua, representado en los pueblos mexicanos de Tenochtitlan y Tlatelolco. La tragedia del luzc tlatoani Moctezuma Xocoyotzin, fue la tragedia de su pueblo y de su cultura. Pero, ante lo ya acontecido, cabe preguntarse ¿venció a Moctezuma, el tlatoani y el tlamatin, lo que él pensaba de la historia, la maravillosamente conocida en la que él creía, la historia náhuatl convertida en presagios funestos?, o más bien ¿venció a Moctezuma, el rey de los mexicanos y emperador del Anáhuac, un puñado de occidentales, sabidurosos y hábiles, pero ignorantes del poderío de los mexicanos? El arco, por las fuentes que conservamos que la primera opinión es más viable. Para defender la segunda, además de no tener documentos que la apoyen, necesitaríamos convertir a Cortés y su pequeña hueste en superhombres y semidioses, portentos salidos de las entrañas marinas; todo lo cual ya hizo Moctezuma, y tendríamos que volver a la prima a hipótesis.

Lo que ,encó, sintió y llevó a decadir Moctezuma, lo tenemos en las fuentes reunidas bajo el título Visión de los vencidos. (52)

Para la conciencia histórica de los nahua todo se inicia con "los presagios funestos". Por supuesto, se sabe la fecha exacta de la aparición del primer presagio: "comenzó en el año doce-casa", pero la data no tiene tanto valor histórico como el suceso histórico mismo, que era "una como espiga de fuego, una como liana de fuego, una como zarza..." Los sucesos de la naturaleza encantada son los verdaderos acontecimientos, los que dicen algo cierto, los que van a ser estudiados y analizados por los tlamatinas. Como fueron los terribles presagios y otros tantos cayeron sobre la ciencia del tlamatin Moctezuma II, a quien correspondía "decir el camino". (53) Estos verdaderos acontecimientos fueron cuidadosamente guardados por la conciencia histórica y entregados a Sahagún, muchos años después, por sus informantes nahua.

(52) Miguel León-Portilla ha reunido en un solo volumen seleccionados de las diversas relaciones indígenas de la conquista, traducidas por el valiente nahua-tlatoani Angel de Garibay. Se trata de significati o "cuentos breves, la Relación cronica de Sahagún (1528), los certificaciones de los informantes de Sahagún, tradiciones etnohistóricas tomadas de varios códices y fragmentos de historiadores españoles.

(53) Sfn., cr. sig., p. 1-11.

Nocturnum: trata de compartir su responsabilidad con los tlamatinos de los alrededores, les pregunta:

"¿habéis visto algunas cosas en los cielos,
o en la tierra, en las cuevas,
lugos de agua honda, ojos,
puentes o tlamantiales de agua,
algunas veces, como de mujer dolorida, o de hombre,
visiones, fantomas u otras cosas de éstas?" (54).

La respuesta de los sabios a la angustia de Nocturnum es serena y conforme al determinismo de su cultura:

"Ya está dicho y tratado en el cielo lo que será,
porque ya se nombró su nombre en el cielo,
y lo que se trató de Motecuhzoma,
que sobre él y ante él,
ha de suceder y pasar un misterio muy grande. ...
Y pues ello ha de ser así,
aguardadlo." (55)

"A pocos días vino un tlamantli" con la noticia de que "vide andar en medio de la mar una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llegaba a las orillas, y esto jamás lo hemos visto". Motecuhzoma, en tanto, ve la magnífica organización de su imperio para cerciorarse de la verdad de tan terrible noticia, queda pensativo y angustiado. No tardaron en volver los emisarios del Tlatoani a decirle:

"Señor y rey nuestro,
es verdad que han venido de acá qué gentes,
y han llegado a las orillas de la gran mar." (56)

La reacción de Motecuhzoma, como nos la transmiten los informantes de Sahagún, fué la siguiente:

"Motecuhzoma estaba cabizbajo,
que no habló cosa ninguna". (57)

El tlamantli de marxa había desaparecido mágicamente y, los informantes andan:

(54) Op. cit., p. 13

(55) Ibidem.

(56) Op. cit., p. 17.

(57) Ibidem.

"Este indio que vino con esta maeva
no tenía arajas, que era desorejado,
trepado tenía desde en los pies, que los tenía cortados". (58)

A quien vive en un mundo mágico, como la historia se interpreta por los signos de la mitología, no se le pasa lo desorejado y desorejado de los pies, y, mucho menos aún, la desaparición misteriosa. Sobre este último, nos refieren los historiadores indígenas:

"Indefensible a decir a Toteocanama,
de que quedó más espantado y admirado,
y dijo: en fin, es de la casa natural,
que casa todos son nigrománticos". (59)

No cabe que Toteocanama, el tlacotali, creyó haber llegado Quetzalcóatl, quien cumplía su palabra de sorprender, tal y como lo conservaba la lengua. Así, se preparó para el recibimiento:

"Tra como si pensara que él recién llegado
era nuestro principio Quetzalcóatl.
Así estaba en su costumbre:
venir solo, salir con:
vendrá para conocer su sitio de arena y solio.
Como que por eso se fue a parte,
al tiempo que se fue.

Envió Toteocanama cinco que lo fueran a encontrar,
que lo fueran a regalar cosas". (60)

Toteocanama no quiere perder palabra de lo que habla Quetzalcóatl, desea agabajarlo de la mejor manera. Encarga a sus emisarios:

"Vengan como vez la salida a tierra nuestro señor.
Id a su encuentro,
id a decirle que:
poned buena cruz a lo que él os diga.
Buen cruz tendré que guardar". (61)

El Ritmo Flores que nos describe con minuciosidad increíble el "tesoro de Quetzalcóatl", conservado en la memoria mágica de los indios nahuas de Xucuman. (62) de trahaba, en efecto, de objetos co-

(58) Ibidem.

(59) Ibidem.

(60) Op. cit., p. 32.

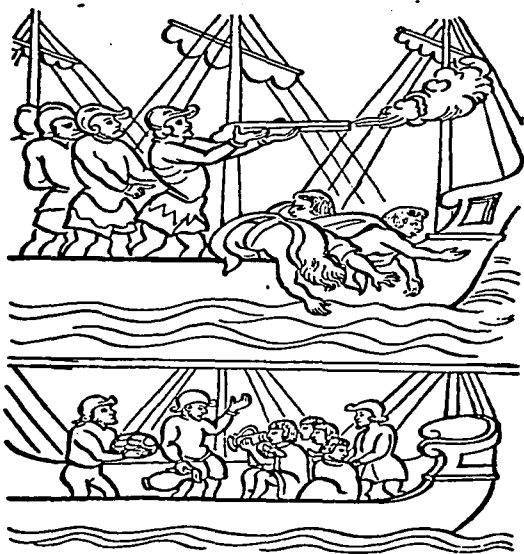
(61) Ibidem.

(62) Op. cit., p. 22-24.

grados con significación histórica, que ameritaban guardarse con cuidado. En otras palabras, se trataba de la "historia", según lo entenderían los nahuas, pues lo que se ventilaba era la tradición de "nuestro señor Quetzalcoatl".

Para los castellanos "otra" fué la historia. Hombres aventureros, religiosos hasta la superchería, pero, buenos sabedores de la distinción entre espíritu y naturaleza, no confundían en ningún momento los fenómenos naturales con el destino. Por el contrario, Cortés y los suyos sabían ayudarse de las circunstancias "objetivas", calculadas fríamente, para lograr sus objetivos de conquista. Tal fué el recibimiento de aquellos que venían a regalar a Quetzalcoatl: alarde de fuerza.

"Entonces dió órdenes el capitán (Cortés); en consecuencia, fueron atados (los indios); les pusieron hierros en los pies y en el cuello. Hecho esto, dispararon el cañón grande. Y en ese momento los enviados (de Montezuma) perdieron el juicio, quedaron desmayados. Cayeron, se debieron cada uno por su lado: ya no estuvieron en sí. los españoles, por su parte, los levantaron, los alzaron, les dieron a beber vino, y en seguida, les dieron de comer, les hicieron comer. Con esto recobraron su aliento, se reconfortaron". (63)



Cotejando los diálogos tenidos entre los pipiltin mexicas y Cortés, conservados por los informantes de Sahagún y Bernal Díaz, respectivamente, nos parece escuchar dos lenguas distantes no en su fonética, sino en sus contenidos culturales. Jerónimo de Aguilar y Malintzin traducían la letra, pero dudamos mucho, por la imposibilidad intrínseca que ocasiona una cultura, que tradujesen los significados de los vocablos. (64)

(64) Cfr. la descripción de Ber Al Díaz del Castillo a propósito del recibimiento que hizo Cortés a los enviados de Tecotempan, en Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, preparada por Federico Casas de Cosco, Sa. ed., México, Fernández editores, 1963, XLIV-730p., p. 79-84.

Los enviados del tlaxcalteca Motecuhzoma van al encuentro de los dioses, en tanto que los castellanos procuran "rescatar oro"; los primeros van "subjetivamente" en derredor, los segundos guardan la distancia entre el sujeto y el objeto. Así las cosas, es indudable que la ventaja de los occidentales fue mucho mayor que la existente entre una pequeña "losbarra con buen golpe de pólvora" y el arco náhuatl.

La tradición histórica le presta al tlaxcalteca "que llevaba a cuenta" a su pueblo", casi la aplastaba. Así, cuando regresaron los enviados a México, no tuvo lugar la angustia del tlaxcalteca:

"Y cuando esto sucedió,
 Motecuhzoma ya no supo de gusto,
 ya no supo de comida.
 Ya nadie con él se burlaba.
 Y si alguna cosa hacía,
 la tenía como cosa extraña.
 Casi cada momento suspiraba.
 Estaba demoralizado,
 se tenía como un abducido.
 Ya nada que da dicha,
 ya no cosa que da lugar,
 ya no cosa de deleite le importaba. (65)

La angustia "cósmica", a la que nos hemos referido anteriormente, hace presa de Motecuhzoma. En otras palabras: es la historia, tal y como la pensaban y vertían los nativos prehispánicos, a quienes angustia, porque creen en ella y se someten a ella. Si la historia se confunde con el mito, la épica, la tradición, lo escrito con tinta negra y roja, con la ciencia del ciclo y de la región de los muertos, y pesa sobre el ánimo como un gran bloque compacto: entonces sabemos que esa era la concepción náhuatl del pasado y que en esos terrenos lejanos "para nosotros" se localiza "para ellos" el significado de la historia.

Los informantes nahua del franciscano nos refieren:

"Y por todo esto decía:
 ¿qué sucederá con nosotros?"

¿quién de veras queda en pie?
 ¡Ah, en otro tiempo yo fui!...
 ¡Vulnerado de muerte está mi corazón!
 ¡Cual si estuviera sumergido en Chile,
 mucho se angustia,
 mucho arde!...
 ¿A dónde, pues, nuestro señor? " (66)

A través del xólotl o "corazón" del tlamatini Moctezuma y recipiente de la sabiduría para los nahuas (67), nos es dado captar cómo ellos interpretaban el presente utilizando las pautas elaboradas por su cultura en el pasado histórico. Moctezuma actúa en consecuencia, manda "teñir de greda" dos cautivos (68) y luego:

"fueron a la Casa de la Serpiente los enviados.
 También él, Motecuhzoma.
 Luego a sus ojos fueron los sacrificios.
 Abrieron el pecho a los cautivos;
 con su sangre rociaron a los enviados.
 La razón de hacer tal cosa,
 es haber ido por camino muy difícil;
 por haber visto a los dioses;
 haber fijado sus ojos en su cara y en su cabeza.
 ¡Bien con los dioses conversaron! (69)

(66) Ibidem.

(67) Sobre el difrasioma in ixtili, in xólotli, "rostro y corazón," "concepto náhuatl del hombre", véase el estudio de León-Portilla en los Antiguos mexicanos, p. 146-154.

(68) La greda o Tizatl se usaba ritualmente para teñir a los que iban a ser sacrificados.

(69) Visión de los vencidos, p. 30.

CONCLUSION

El deseo de aproximarse a la cultura náhuatl bien puede realizarse a través de las fiestas de los dioses, porque en ellas encontramos la expresión del pensamiento y las creencias nahuas. Quizá así le pasó fray Bernardino de Sahagún al iniciar su historia de las cosas de la Nueva España con el libro primero "en que se trata de los dioses que adoraban los naturales de esta tierra". Las fiestas, por su parte, nos introducen al mundo del calendario, eje cultural de los pueblos mesoamericanos.

La ciencia calendárica nos muestra sus contenidos sacros, el tonalli o destino que gobierna a los hombres y a la naturaleza, en el libro de los destinos o tonaliamatl. Ahí, en el mundo de los destinos, conocidos y manejados por el tonalpohualli o calendario de los destinos, vamos a tratar de buscar lo que los nahuas pensaban de su pasado y la conciencia que tenían del mundo. Serán mitos y leyendas heroicas, orígenes épicos, tradiciones nacionales, conservadas con "santa negra y roja", donde los dioses y su voluntad ocupan el sitio de honor. Los tlamatinime o sabios serán los intérpretes autorizados de la voluntad de los dioses, quienes conociendo hondamente las tradiciones o itolicca sabrán guiar al pueblo y enseñarle todo lo necesario para comprender el mundo en que se vive. Ellos, los tlamatinime poseen "la santa negra y roja", donde está la historia de los nahuas, acontecimientos pintados con exactitud crítica mezclados con intervenciones preternaturales.

Ellos, los tlamatinime poseen la historia, itolicca y ciencia adivinatoria, saben lo que sucedió y tienen conciencia del pasado, saben leer en los símbolos lo acontecido.

Si nosotros pudiésemos preguntar a los nahuas: ¿qué piensan Uds. de la historia?, quizá no responderían lo mismo que a los frailes, en 1524:

"Los tlamatinime
quienes ordenan cómo uno un año,
cómo siguen su camino
la cuenta de los días
y cada una de sus veintenas,

de esto se ocupan,
a ellos les toca hablar de los dioses" (70)

A ellos toca hablar de la historia, de la historia de su cultura mítica, no objetiva ni pluralista como la nuestra, historia encarnada en los mitos y enmarcada en "los dioses".

La historia nunca fué un "separado," sino una pieza integrada en la gran unidad de toda la cultura náhuatl. La historia tampoco atañe principalmente a los hombres, sino a los dioses que se presentan no en forma espiritual-invisible, antes bien material y sensible: el sol, la luna, los astros, los rumbos, la naturaleza con sus fenómenos climatológicos y físicos, la fauna y las montañas imponentes de mesoamérica.

Así, podríamos llamar cosmohistoria a la historia de los nahuas.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

- ALVA IXTLILMUCHITL, Fernando de, Historia chichimeca, introducción de Alfredo Chavero, 2 v., México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891-1892.
- ALVARADO TRESCOMOS, Hernando, Crónica Mexicóvotl, traducción directa del náhuatl por Adrián León, México, UNAM, Instituto de historia, 1949, XXVII—188p.
- CASO, Alfonso, Los Calendarios Prehispánicos, presentación de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones históricas, 1967, 266p. ilc.
- DIAS, del Castillo, Bernal, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, preparada por Federico Gómez de Orozco, México, Editorial Fernández, 1963, XXIV—730, ilc.
- GARIBAY K., Angel M., Épica Náhuatl, selección, introducción y notas de ———, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, XXXVII—104p., ilc.
- GARIBAY K., Angel M., Historia de la literatura Náhuatl, 2 v., México, Editorial Porrúa, S. A., 1954., ilc.
- INFORMANTES DE SANAGUN, Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses, introducción, paleografía, versión y notas de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia: seminario de cultura náhuatl, 1950, 173p, ilc.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, Los Antiguos Mexicanos, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 196p. ilc.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, Tiempo y realidad en el pensamiento maya, ensayo de acercamiento, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones históricas, 1966, 177p. ilc.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, La Filosofía Náhuatl, prólogo de Angel M. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones históricas, 1966, XXII—411p., ilc.

LEON-ORELMA, Miguel, Visión de los vencidos, Introducción, selección y notas de ———; versión de textos nahuas: Angel Ma. Garibay K., ilustraciones de códices: Alberto Boltrán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, XXX-215p. 11s.

POMAR, Juan Bautista, Relación de texcoco, 1582, (en vol. I de Poesía Nahuatl, paleografía, versión, introducción, notas y apéndices de Angel Ma. Garibay K., México, UNAM, 1964, XIV-239p.).

SANAGUN, Fray Bernardino de, Historia de las Cosas de Nueva España, preparación, numeración, anotaciones y apéndices por Angel Ma. Garibay K., 4 v., México, Editorial Porrúa, S. A., 1956, 11s.

